

La persona humana como unidad bio-psico-espiritual

Una visión integral del ser humano

En el marco de la Doctrina Social de la Iglesia y las ciencias humanas, el concepto de persona humana no se reduce a una dimensión aislada —como el cuerpo o la mente— sino que se concibe como una unidad integral de cuerpo (biológico), mente (psicológico) y espíritu (trascendencia). Esta concepción tiene profundas implicancias en los campos de la salud, la educación, la ética y la vida social.

“El hombre, aunque está compuesto de cuerpo y alma, es una sola cosa; por tanto, en su cuerpo y en su espíritu toca los confines del mundo material y del mundo espiritual” (Gaudium et Spes, n. 14)

Fundamentos filosófico-teológicos

a) El ser humano como unidad ontológica

¿Qué significa “unidad ontológica”?

El término ontología proviene del griego “ontos” (ser) y “logos” (estudio), y refiere a la reflexión sobre el ser en cuanto ser. Decir que el ser humano es una unidad ontológica implica que no está compuesto por partes independientes (cuerpo, alma, mente, espíritu), sino que su ser está profundamente integrado y unificado en una única realidad personal.

Esta visión rechaza todo dualismo (como el de Platón o el cartesiano), que tiende a separar el cuerpo y el alma como si fueran dos sustancias distintas, e incluso en tensión. En cambio, desde la antropología cristiana, el ser humano es una sola sustancia compuesta: cuerpo y alma, materia y espíritu, en unidad indivisible. *“El ser humano es uno solo, alma y cuerpo, espíritu encarnado, cuerpo animado.”* (Compendio de la DSI, n. 125)

Aristóteles y Tomás de Aquino, han entendido al ser humano como animal racional, compuesto de materia (cuerpo) y forma (alma). En la antropología cristiana, esta alma no es una "parte" añadida, sino el principio vital que informa al cuerpo y da sentido a su existencia. *“No es el alma el hombre, sino el alma y el cuerpo son el hombre”* (Santo Tomás de Aquino, Suma Teológica, I, q. 75, a. 4)

Aristóteles y la forma sustancial

Aristóteles sostenía que todo ser viviente es un compuesto de materia (el cuerpo) y forma (el alma). Esta forma no es algo añadido, sino lo que da ser al cuerpo: su principio organizador, su finalidad y sentido.

“El alma es la causa formal del cuerpo viviente: es lo que hace que el cuerpo sea un cuerpo viviente y no simplemente materia.” (De Anima, II, 1)

Esta idea fue asumida por Santo Tomás de Aquino, quien la integró en su visión cristiana: el alma racional es la forma del cuerpo humano, y su unión constituye una única sustancia humana.

Unidad substancial en Tomás de Aquino

Tomás rechaza tanto el dualismo platónico como el materialismo, afirmando que cuerpo y alma no son dos realidades yuxtapuestas, sino que se implican mutuamente.

“No decimos que el hombre sea alma, sino alma y cuerpo, porque el alma por sí sola no es una persona.” (Suma Teológica, I, q. 75, a. 4)

La persona no es un alma que “habita” un cuerpo, ni un cuerpo que “soporta” un alma, sino un ser único, que actúa, siente, ama, piensa y cree a través de su unidad indisoluble.

Consecuencias antropológicas

a) La persona no se reduce a lo biológico

Frente a reduccionismos científicos o economicistas que tratan al ser humano como mera máquina orgánica, la unidad ontológica recuerda que el cuerpo está animado por una interioridad que lo eleva más allá de la naturaleza.

b) La persona no se divide en compartimentos

También se evita una visión fragmentaria (tan común en las ciencias modernas), que separa salud física, salud mental y vida espiritual como “ámbitos independientes”. En realidad, lo que afecta a uno repercute en todos, porque la persona es una sola.

Implicancias éticas y sociales

a) La dignidad no depende de funciones

Porque el cuerpo no es un objeto externo a la persona, herir el cuerpo es herir a la persona. De igual modo, una persona con discapacidad, inconsciencia o envejecimiento no pierde dignidad, porque su ser está intacto.

“La vida corporal, aunque debe ser estimada como un bien, no es el valor supremo; pero pertenece esencialmente a la persona.” (Gaudium et Spes, n. 27)

b) El cuidado debe ser integral

Toda acción pastoral, sanitaria o social debe atender a la totalidad del ser humano. No alcanza con curar órganos o aliviar síntomas: hay que acompañar al sujeto como un todo viviente.

Aplicaciones en el ámbito de la salud

En medicina, muchas veces se tiende a cosificar al paciente: se habla del “caso de apendicitis”, “el hígado del 302”, o se trata al cuerpo como algo técnico, separado de su sujeto. Frente a eso, la antropología personalista, basada en la unidad ontológica, insiste:

- ✚ Que el dolor corporal también puede ser un grito espiritual o psicológico.
- ✚ Que el sentido de vida y la esperanza influyen en la recuperación física.
- ✚ Que la muerte no es solo un evento biológico, sino también un acto humano profundo.

Por eso, disciplinas como la medicina narrativa, la psicología existencial o los cuidados paliativos con enfoque espiritual reflejan mejor esta visión integral. Reconocer al ser humano como unidad ontológica es recuperar la visión más profunda de la persona: no una suma de partes, sino un ser viviente, consciente y trascendente que se expresa plenamente cuando se lo atiende en todas sus dimensiones.

La dimensión espiritual: apertura al Absoluto

¿Qué entendemos por dimensión espiritual?

La dimensión espiritual es uno de los aspectos constitutivos del ser humano, aunque frecuentemente ignorado o reducido a lo religioso o moral. En realidad, se trata de la capacidad radical del ser humano de abrirse a lo

trascendente, de buscar un sentido último, de elevarse más allá de lo inmediato y sensible. Es la capacidad de trascender, de abrirse a la verdad, al amor, al misterio. Es lo que hace al ser humano capaz de Dios (capax Dei).

No es una función más (como la memoria o el lenguaje), sino una disposición estructural que habita en toda persona, incluso en quien no profesa una religión. La espiritualidad está presente en el anhelo de infinito, en la búsqueda de verdad, en la experiencia de belleza, en el dolor que nos desborda y en la esperanza que nos sostiene.

“El hombre no puede encontrar su propia plenitud sino en la entrega sincera de sí mismo a los demás y a Dios” (Gaudium et Spes, n. 24)

Fundamentos filosóficos: el deseo del Absoluto

a) El ser humano como “animal metafísico”

A diferencia de los animales, el ser humano no solo vive, sino que se interroga por el sentido de la vida, el origen del mundo, el bien y el mal, la muerte, el amor y la eternidad. Esta actitud lo convierte en un ser abierto al misterio. *“El hombre supera infinitamente al hombre”* (Blaise Pascal, Pensées)

b) La “nostalgia de lo eterno”

Filósofos como Platón, Agustín o Kierkegaard han hablado de una inquietud interior que impulsa al hombre a trascender su mundo inmediato. San Agustín lo expresa con claridad: *“Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”* (Confesiones, I, 1)

Esta sed de infinito no puede ser colmada por bienes finitos (éxito, placer, consumo), sino solo por una realidad absoluta, trascendente, total.

Fundamentos teológicos: la apertura a Dios

La dimensión espiritual encuentra su plenitud en la relación con Dios, no como concepto, sino como encuentro personal. En la tradición cristiana, esta apertura al Absoluto se da a través de:

- ✚ La oración, como diálogo interior con lo sagrado.
- ✚ La adoración, como reconocimiento del Misterio.
- ✚ La esperanza escatológica, que mira más allá de la muerte.
- ✚ La mística, como experiencia de unión con el Amor eterno.

La espiritualidad en contextos no religiosos

Algunas vivencias manifiestan que la dimensión espiritual no es propiedad exclusiva de lo religioso, sino algo universal, que estructura toda existencia humana abierta al más allá de sí.

Incluso personas no creyentes pueden vivir experiencias espirituales:

- ✚ La contemplación de la belleza natural o artística.
- ✚ El compromiso radical con la justicia o la verdad.
- ✚ El amor que se dona sin esperar retorno.
- ✚ El silencio que se vuelve presencia.

Dimensión espiritual y salud

La OMS y la espiritualidad

La Organización Mundial de la Salud (OMS) ha reconocido que la salud no es solo “la ausencia de enfermedad”, sino un estado de completo bienestar físico, mental, social y espiritual.

Numerosos estudios muestran que la espiritualidad:

- ✚ Reduce el estrés y mejora la resiliencia ante enfermedades.
- ✚ Favorece la aceptación de procesos terminales (como en cuidados paliativos).
- ✚ Sostiene al paciente en momentos de dolor profundo o desesperanza.
- ✚ Acompaña al profesional como motivación para el servicio y la ética.

Acompañamiento espiritual en el ámbito clínico

Hoy existen capellanías hospitalarias, acompañantes espirituales y espacios interreligiosos para que pacientes y familias puedan expresar su fe, su miedo, su sentido, integrando esta dimensión como parte del proceso terapéutico. *“Cada enfermo necesita no solo cuidados clínicos, sino también sentirse acompañado, escuchado y amado”* (Fratelli Tutti, n. 68)

Consecuencias éticas y antropológicas

- La persona no es reductible a funciones biológicas: reconocer la dimensión espiritual es afirmar la dignidad inviolable del ser humano, más allá de su capacidad cognitiva, su productividad o su nivel de conciencia.
- El sufrimiento adquiere un nuevo sentido: desde la perspectiva espiritual, el dolor no se reduce a una disfunción: puede ser lugar de encuentro, maduración o entrega, especialmente si es vivido acompañado y sostenido por una comunidad.
- La muerte no es el final: la espiritualidad introduce una mirada escatológica que permite afrontar la muerte con esperanza, entendida no como resignación, sino como apertura a una plenitud definitiva.

La dimensión espiritual, como apertura al absoluto, nos recuerda que el ser humano no se agota en lo visible, lo útil o lo funcional. Es un ser que sueña, busca, pregunta, cree, ama y espera. Integrar esta dimensión en el abordaje de la persona en el campo de la salud es una condición para respetar plenamente su dignidad, acompañarla en su fragilidad y promover una cultura centrada en el sentido y no solo en la eficacia.

“El hombre es el único ser que no se conforma con vivir: necesita comprender para qué vive.” (Viktor Frankl, El hombre en busca de sentido)

Dimensión psicológica (psico)

¿Qué entendemos por dimensión psicológica?

La dimensión psicológica hace referencia al conjunto de funciones y procesos que configuran la vida interior de la persona: pensamiento, afectividad, emociones, voluntad, memoria, conciencia de sí, relaciones vinculares y estructura de la personalidad. Es la dimensión que nos permite sentir, interpretar, decidir y relacionarnos, expresando de forma única la interioridad de cada ser humano.

“La persona no es solo cuerpo, ni tampoco pura razón. Es un yo interior, capaz de comprenderse, de querer, de amar y de donarse” (Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, n. 131)

La vida psíquica: más que procesos mentales

A diferencia del enfoque neurobiológico que reduce la vida mental a procesos cerebrales, la antropología cristiana (y también la psicología humanista) entiende que la vida psíquica tiene un centro personal que unifica las emociones, la razón y la voluntad: el yo.

Componentes clave:

- ✚ Conciencia de sí mismo: el sujeto se reconoce como alguien distinto del mundo.
- ✚ Voluntad libre: capacidad de elegir más allá de estímulos externos.
- ✚ Afectividad: modo particular de experimentar el mundo desde el sentir.
- ✚ Inteligencia reflexiva: permite proyectar, imaginar, interpretar y recordar.

La salud mental y su valor antropológico

La salud psicológica es parte del bien integral de la persona. No solo interesa en su dimensión clínica (ausencia de trastornos), sino también como equilibrio interior, madurez afectiva, capacidad de amar y de vivir con sentido.

“El equilibrio psicológico es signo de humanidad lograda. La madurez emocional permite vivir en verdad, en libertad y en comunión con los demás” (Francisco, Amoris Laetitia, n. 145)

Unidad con las otras dimensiones

a) Con la dimensión biológica

La psiquis no existe al margen del cuerpo. El cerebro, los neurotransmisores, el sistema nervioso y endocrino son la base material que permite que emerja la conciencia. Por eso, la psicología clínica estudia la interacción constante entre el estado físico y los procesos mentales. Ejemplo: El estrés crónico puede causar hipertensión; una depresión puede afectar la inmunidad.

b) Con la dimensión espiritual

Lo psíquico media la apertura al sentido, a la trascendencia, a los valores. La espiritualidad, la búsqueda de plenitud, las creencias religiosas o filosóficas, requieren una psiquis activa, estructurada, capaz de formular preguntas y sostener decisiones. Ejemplo: Una persona que atraviesa el duelo no solo sufre emocionalmente, sino que puede revisar profundamente sus creencias sobre el sentido de la vida o la muerte.

Psicología y ética del cuidado

En el ámbito sanitario, reconocer la dimensión psicológica es esencial para una atención verdaderamente humana. El dolor no es solo físico: puede haber sufrimiento emocional o existencial que no se ve a simple vista. Ejemplos clínicos: un paciente puede rechazar un tratamiento por miedo, tristeza o desesperanza, no por falta de información.

Psicología, cultura y sociedad

La dimensión psicológica también se ve afectada por el contexto cultural y social: los modelos familiares, el tipo de vínculos, los estilos educativos, los valores dominantes. En una sociedad que promueve el

individualismo, la hiperexigencia y la inmediatez, crecen los cuadros de ansiedad, vacío existencial y depresión.

Es por eso que la promoción de la salud mental debe estar acompañada por una crítica cultural y una propuesta de vida más humana, solidaria y significativa.

La psicología como camino de integración personal

Desde una visión personalista, el trabajo psicológico no busca la mera adaptación funcional, sino la integración madura del yo: descubrir el propio valor, reconciliarse con la historia personal, aprender a convivir con el dolor, y abrirse al amor verdadero. En ese sentido, la dimensión psíquica prepara el terreno para la libertad espiritual, permitiendo que la persona tome decisiones con lucidez, autenticidad y apertura al bien.

La dimensión psicológica es clave para comprender a la persona humana en toda su profundidad. Ella articula lo biológico y lo espiritual, da forma a la conciencia, sostiene el sentido y permite el encuentro con el otro. Negarla es caer en reduccionismos; absolutizarla es perder la totalidad. Integrarla, en cambio, permite una visión más humana, ética y sanadora del ser humano, especialmente en contextos donde se acompaña el sufrimiento, la enfermedad o la búsqueda de sentido.

Conclusión:

La persona humana no puede ser comprendida ni acompañada si se la fragmenta. A lo largo de esta reflexión hemos profundizado que el ser humano es una unidad ontológica: una sola realidad viva, consciente, libre y trascendente, compuesta de cuerpo, mente y espíritu, inseparables en su existencia concreta.

Esta nueva concepción integral nos invita a ver a cada persona como un misterio irrepetible de dignidad infinita.

Y entender que:

- ✚ Su cuerpo no es un instrumento, sino el modo concreto de su presencia en el mundo.
- ✚ Su psique es el centro de su vida interior, de su afectividad, conciencia y capacidad relacional.
- ✚ Su espíritu es apertura al sentido, a la trascendencia, al amor que no se agota en este mundo.

Esta visión no es meramente teórica, tiene consecuencias profundas las ciencias de la salud. Allí, el cuidado del cuerpo debe ir unido al acompañamiento emocional y espiritual; el diagnóstico debe tener en cuenta la historia de vida del paciente; y la cura, entendida en sentido amplio, debe tender a la sanación integral, incluso cuando no pueda ofrecerse una recuperación física total. Curar no siempre es posible, pero cuidar siempre lo es.

Desde esta perspectiva, se comprende que el profesional de la salud, no solo deben dominar técnicas o aplicar normas, sino cultivar una mirada personalista, que reconozca en cada rostro humano una historia viviente, una interioridad rica, y una llamada a ser acompañada con respeto, compasión y esperanza.

En un mundo marcado por la fragmentación, el rendimiento y el olvido del otro, apostar por la unidad bio-psico-espiritual de la persona es una forma de resistencia ética y espiritual. Es construir, desde el cuidado concreto, una cultura del encuentro y una civilización del amor.